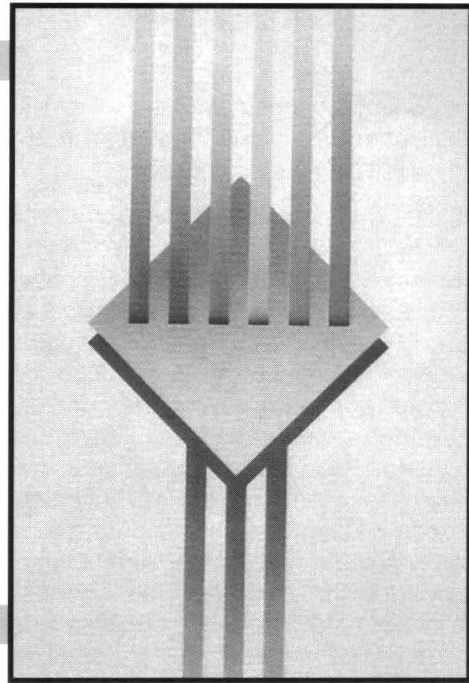


Sobre la Investigación y la Consultoría Económica: Fragmentos de un Proyecto



Jesús Antonio Bejarano A. ¹

La evaluación del estado de las disciplinas económicas en Colombia, en la perspectiva adoptada en este proyecto, es decir, en la perspectiva de la institucionalización, comporta el examen de la enseñanza y la transmisión de conocimientos de la disciplina, de la investigación tanto respecto de sus contenidos y orientaciones temáticas como respecto de la organización de la comunidad académica, el ejercicio de la profesión, y finalmente la consultoría como una de las expresiones de la utilidad social del conocimiento económico.

Por supuesto, este proyecto pretende, más que un examen exhaustivo de cada uno de los temas seleccionados, identificar las cuestiones más relevantes en la perspectiva de generar procesos permanentes de discusión e intercambio de experiencias, conocimientos y resultados de investigación, de modo que pueda ir articulándose una auténtica comunidad académica en economía.

Lo que sigue intenta ordenar los elementos más relevantes de los planteamientos de la propuesta con relación a la investigación y la consultoría, asumiendo

el riesgo de que al presentarlos para una lectura fuera de contexto, es decir, desgajados del cuerpo de reflexión del proyecto, puedan ser malinterpretados y, como suele ocurrir, estigmatizados. En todo caso, si estos fragmentos sirven para propiciar orientaciones nuevas sobre un debate esencial pero impregnado por ahora de voluntarismo y ligereza, si favorecen líneas de reflexión hasta ahora inadvertidas y si ayudan a un proceso de comunicación más abierto a la mirada de la construcción de la ciencia y menos a las condiciones de la inevitable supervivencia de los académicos, estimamos que este riesgo habrá valido la pena.

I

La relación entre la investigación y la consultoría suele despacharse con una vaga referencia a los vínculos entre la universidad y la sociedad, sin referencia a lo que realmente justificaría la función de consultoría desde la universidad, es decir, en función de los procesos de construcción del conocimiento: su vínculo con programas de investigación -en el sentido que a esta noción le asigna Imre Lakatos-, con la

¹ Jesús Antonio Bejarano es profesor del Departamento de Teoría y Política Económica, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Colombia. Economista, Universidad Nacional de Colombia; posgrado en desarrollo económico, University of North Carolina. Es autor de varios libros y artículos sobre economía agraria, historia económica,

teoría y coyuntura económica. Actualmente está coordinando un proyecto sobre la evaluación del estado de las disciplinas económicas en Colombia, que adelanta, con el auspicio de Colciencias, un grupo de facultades de economía del país. Este texto recoge varios apartados del proyecto en los que se alude a la relación consultoría-investigación.

génesis y formulación de *puzzles*, con la acumulación de conocimientos, con los paradigmas compartidos, etc., que es la manera como la comunidad científica -no el mercado de servicios profesionales- suele explorar las implicaciones de la demanda y financiación privada de la investigación pura o aplicada.

Por lo pronto, sería preciso advertir que la creciente relación del sistema universitario con la sociedad está tomando el camino del debilitamiento de la investigación pura, en tanto que la "investigación aplicada" asume, más que la forma de investigación aplicada, la de consultoría, entendida como la provisión de servicios al cliente, por fuera de un programa de investigación y sin la orientación acumulativa que caracteriza el desarrollo de los programas de investigación científica. No suelen, sin embargo, advertirse los riesgos de ese creciente fortalecimiento de las actividades de consultoría (o lo que es lo mismo, el fortalecimiento de los servicios al cliente) sobre la independencia intelectual, sobre el mismo sistema de investigación, sobre la construcción de conocimiento y sobre la profesión académica como tal.

Resulta obvio que la consultoría, definida en la perspectiva de la venta de servicios al cliente, apenas sí requiere justificación, y se examina como parte del ejercicio profesional de cualquier graduado. No ocurre lo mismo cuando pretende ser parte de la investigación académica, cuyo propósito no es sólo generar información -es decir, un saber suelto, no articulado a un campo general de reflexión- sino construir conocimiento. En consecuencia, su discusión en esta perspectiva, que es la de la academia, debe situarse en el plano más general de la utilidad social del conocimiento científico.

La utilidad social del conocimiento, como han subrayado Jorge Charum y Luz Stella Parrado, es un concepto en continua construcción, cuyo ámbito de circulación es multicontextual y no se restringe necesariamente a la valoración mercantil². Desde ese punto de vista, la noción de utilidad (del conocimiento) se define según las entidades sociales que apropian o buscan apropiarse los resultados. En efecto, la modalidad de apropiación o de utilización del conocimiento surge de: a) el contexto académico, como ocurre cuando los resultados son conocimientos certificados que pueden ser integrados por otros investigadores para sus propios trabajos; b) la industria o el comercio, en cuyo caso se considera prioritariamente la "valorización" monetaria de los conocimientos; c) se tiende a obtener una recompensa académica y los resultados

se materializan en una monografía o tesis de grado; en este caso la entidad social que integra los resultados es el sistema de enseñanza; d) los resultados están orientados a la resolución de problemas del sistema de necesidades sociales y entonces devienen útiles para los propósitos de las políticas públicas; y e) la circulación de los resultados se hace en el espacio social más amplio y entonces éstos devienen en saber común, que regula prácticas sociales o normas que rigen la producción o el uso de los productos (formas socio-técnicas) como resultado de los enunciados científicos emitidos por "expertos". Es obvio pues que la consultoría, en el sentido antes definido actúa en las alternativas b) y d), en un espacio de interacción entre el conocimiento y los resultados prácticos valorizables en el plano mercantil o en el plano político, lo que supone una actitud del consultor hacia el conocimiento -y por supuesto, un punto de vista sobre el tema- distinta a la del académico.

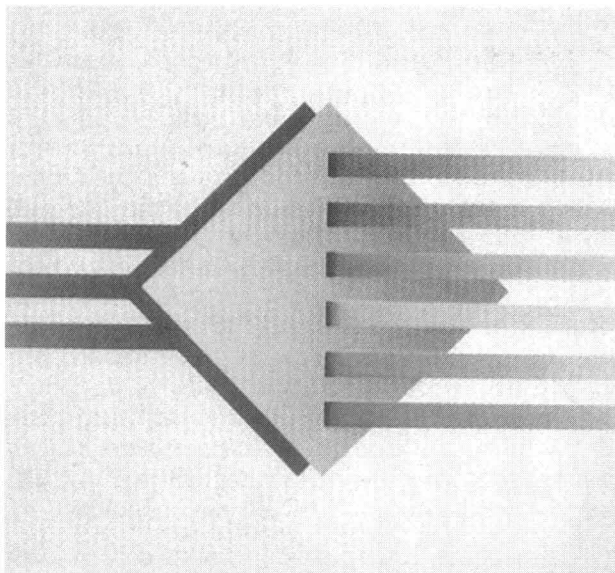
Será necesario subrayar que la línea divisoria no se refiere al tema, ni siquiera al origen de los fondos que financian esas actividades, sino al origen y naturaleza de las preguntas que deben resolverse y al tipo de problemas que constituyen el punto de referencia sobre el cual se demanda aplicar un conocimiento especializado. Se trata, para insistir de nuevo en esa línea divisoria, de quién define el problema: el cliente, o la comunidad científica. La consultoría o la asesoría (en el lenguaje corriente entre los dos conceptos, la diferencia es de alcance y de duración) supone que el cliente define el problema sobre cuya solución busca un consejo, paga por un análisis o invierte en una solución.

Esa línea divisoria, aparentemente tan simple, conlleva sin embargo consideraciones que no se refieren sólo a la formación y a las habilidades requeridas en un consultor y en un científico, sino al sistema de compromisos. Cuando se opera en un mercado con estas características, es ineludible referirse también a las lealtades profesionales que dividen a los expertos y a los académicos.

Los expertos se dividen según quién sea el que les da trabajo o el que los financia, no sólo porque compromete las lealtades (es asunto eminentemente ético y subjetivo) sino fundamentalmente porque quien paga diseña la naturaleza del problema y el alcance de las respuestas en función del interés práctico de las mismas³.

² Jorge Charum, Luz Stella Parrado, *Entre el productor y el usuario. La construcción social de la utilidad de la investigación*, ICFCES - Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1995.

³ A. W. Coats, "Britain: The Rise of the Specialists", en A. W. Coats, compilador, *Economics in Government. An International Comparative Study*, Duke University Press, Durham, 1981, pp. 27-66.



Ahora bien, en el marco más general del problema de la utilidad de la investigación, se tiene como característica de la consultoría una definición del problema hecha desde el exterior, frente al cual las competencias incorporadas, las destrezas, y las acumulaciones de conocimiento precisan de una adecuación estratégica inmediata a las regulaciones exteriores⁴.

II

Es verdad que una cierta tendencia académica comienza a cuestionar el modelo que postula la separación entre la ciencia y la tecnología, entre la "investigación pura" y la "investigación aplicada", en tanto que son dominios diferentes y con lógicas diversas. La perspectiva actual, afirman, se funda más bien en la presencia de un modelo interactivo, pero

ello naturalmente plantea problemas desde el punto de vista del estatus de los académicos.

Desde hace unas dos décadas, un influyente grupo de educadores y autores de decisiones académicas norteamericanas, por ejemplo, postulan la idea de que en realidad la universidad debería no ser otra cosa sino un campo de adiestramiento para las habilidades comercializables, para la absorción de normas profesionales y además, por supuesto, un lugar para la investigación especializada. Tales consideraciones están en la base de la condición del conocimiento en las sociedades desarrolladas, en las que la formación, en el sentido clásico, cede su lugar a lo que Jean François Lyotard ha llamado la performatividad: según este criterio, la ciencia es ante todo información, y su legitimidad se juzga por sus características de producto explotable y comercializable. En ese contexto de legitimación (deslegitimación) del saber, propio de la condición postmoderna de la cultura, "las universidades y las instituciones de educación superior son de ahora en adelante solicitadas para que fuercen sus competencias, no sus ideas"⁵.

No se trata entonces de una inclinación caprichosa de algunas universidades, sino de una orientación de la cultura que reorganiza, en el terreno del pragmatismo, la relación entre universidad y sociedad⁶, lo que en el interior de la universidad desplaza la vieja antinomia investigación pura - investigación aplicada (decididas y legitimadas ambas por la comunidad científica) para dar lugar a la antinomia investigación desinteresada e investigación útil, decidida la primera por los académicos, la segunda por el mercado⁷. El punto pues, no es, como algunos ingenuos quisieran verlo, el de una discusión sobre los campos y alcances de la aplicación del conocimiento, sino de quién decide los problemas que deben investigarse,

⁴ Charum y Parrado, *Op. cit.*, pág. 47.

⁵ Jean François Lyotard, *La condición postmoderna*, Red Editorial Iberoamericana, Ciudad de México, 1993, p. 90.

⁶ Algunos cambios en esa relación son inherentes a los desarrollos de la ciencia moderna, otros a las condiciones de la cultura que le asigna un papel diferente al conocimiento. Entre los primeros están la acumulación muy rápida de conocimiento dentro de las esferas de la ciencia, que ha hecho muy difícil para cualquier individuo dominar más de un área especializada de investigación. Segundo, la expansión inherente hacia un gran número de campos requiere un aparato de investigación tan complicado, tan costoso y tan difícil de manejar, que se requiere a menudo una organización en gran escala para cumplir con las exigencias de la investigación. Tercero, la burocratización de la investigación ha aumentado a causa de las presiones de las instituciones donadoras de fondos y de las instancias administradoras de la investigación, tanto públicas como privadas.

⁷ Existe, por otra parte, un considerable énfasis social y económico sobre la ciencia aplicada por sobre la ciencia básica; las presiones para desviar a los investigadores de los programas puramente teóricos hacia aquellos que tienen una aplicación práctica, están relacionados por supuesto con la investigación programada y financiada desde afuera. Por un lado, las recompensas económicas que son, de un modo general, más altas que en las universidades; por otra parte, en una cultura tan penetrantemente pragmática, tan "antiintelectual" como la nuestra, el trabajo en un campo aplicado promete un reconocimiento más directo, más amplio por parte de los grupos sociales de no científicos; todo ello lleva a que trabajar en problemas prácticos que rindan resultados tangibles conllevará muy probablemente un reconocimiento de estatus y prestigio para el académico en la comunidad, mientras que el trabajo teórico en economía solamente conducirá a esas recompensas en los casos en que se logre algún resultado excepcional.

si la universidad o la clientela. Ese es el *quid* del problema de la consultoría como actividad académica⁸. No se trata, por otra parte, de una trasnochada discusión sobre la autonomía y la independencia institucional de la universidad respecto de los problemas que deben investigarse, sino de la autonomía de la comunidad académica sobre los *puzzles* que deben resolverse por su relevancia teórica o práctica en un determinado campo de la construcción de conocimiento. Abandonada a la suerte de las demandas de la clientela, la ciencia moderna apenas sí hubiera producido una pequeñísima proporción del acervo de conocimiento hoy disponible.

III

Por otro lado, el creciente reconocimiento otorgado a los economistas académicos por parte de los autores de las decisiones en el sector privado o en el gobierno ha tenido consecuencias imprevisibles en el sistema académico. Es cierto que muchos académicos han podido ampliar sus horizontes y desprenderse de una cierta estrechez de miras inherentes a los sabios y eruditos de antaño, pero también han adquirido un nuevo público que afecta su propia imagen; cuando el reconocimiento es otorgado por hombres extra-académicos, cuyos problemas ha ayudado a resolver el académico, puede surgir en éste una tendencia a buscar reconocimiento no tanto por parte de sus iguales -la comunidad científica- sino de parte de los autores de decisiones que están en condiciones de recompensarlo⁹. Cuando todo esto ocurre, los posibles efectos negativos de tales actividades de investigación sobre la producción de ideas de alcance más amplio -por ejemplo, la producción de teorías- pueden ser

nocivos¹⁰.

De hecho, mientras que el investigador académico es libre para plantear un problema en cualquier nivel de abstracción que él considere deseable para una clientela que es un público, una opinión, la orientación hacia el cliente va generando actitudes que Merton asocia a las del intelectual burocrático que está cumpliendo una función como miembro de una organización. El trabajo en las burocracias está ligado habitualmente a la acción, es práctico más que teórico, concreto más que abstracto. El intelectual burocrático está ligado a hechos concretos, debe trabajar problemas que pueden ser teóricamente triviales aunque significativos en la práctica y se le impide que trabaje en problemas que teóricamente son significativos aunque tengan una importancia práctica trivial. Ése es en muchos casos el costo de esa orientación¹¹.

Terminemos estas consideraciones con un breve texto de Lewis Coser a propósito del papel de los intelectuales: "Así pues, cuando los hombres cuya profesión es enseñar e investigar se convierten en los que hacen la política, en miembros de una administración que está en el poder, en políticos y líderes, quedan comprometidos; nada de lo que puedan decir puede considerarse de confianza como desinteresado, en nada de lo que puedan enseñar puede confiarse como científico, es imposible mezclar la persecución del conocimiento con el ejercicio del poder político, y quienes han tratado de hacerlo resultaron ser muy malos políticos o han dejado de ser intelectuales"¹². Parece que no hay razón para modificar este juicio en vista de lo que ha sucedido en más de 30 años transcurridos desde que fueron escritas estas líneas.

⁸ En un trabajo sobre los estudios del CID (realizado para un seminario bajo la dirección del autor), el estudiante Sergio Riaga examinó las 63 investigaciones realizadas por este centro entre 1992 y 1995. De los siete trabajos de economía agraria realizados en este lapso, ninguno propone un modelo general que propicie un estudio tanto conceptual como práctico, ni tampoco hace una evaluación global de las políticas o procedimientos. Simplemente se hace lo que exige el cliente de uno u otro momento: censos cafeteros, sistemas de información, confección de planes técnicos, cálculos estadísticos y técnicos. En el área de gestión y finanzas, con 28 trabajos, todo se traduce a la realización de manuales de procedimientos. El hecho de que sea en esta área donde se presente el mayor número de trabajos, podría interpretarse como la consecuencia de considerar y ofrecer al CID como un buen consultor en el mercado. En materia de desarrollo territorial se realizan 6 trabajos, todos ellos dirigidos a la aplicación técnica de convenios intermunicipales y actualización de estatutos. Para el caso de economía ambiental, los intereses de los investigadores van dirigidos a la aplicación de técnicas particulares con planes técnicos demasiado específicos. Se elaboraron 6 trabajos. En el área de teoría y política económica, con 4 "investigaciones", se da un trágico caso de considerar como objeto de estudio de la teoría económica "... la sistematización y clasificación de la obra de Lauchlin Currie..."; un proceso de edición que tiene, desde luego, importancia, pero que

mal puede clasificarse como un estudio de teoría económica. De los 3 trabajos que se realizaron sobre industria y tecnología, ninguno de ellos es fomentado o auspiciado por la facultad (además, todos tienen el mismo autor). Por último, encontramos el área de política social y desarrollo, con 8 trabajos generales que antes que analizar la política social y estudiar el concepto y la implementación del desarrollo, se preocuparon por la elaboración de trabajos sobre prefactibilidad técnica y financiera de un programa de medicina de una facultad de otra universidad. Véase Sergio Riaga, "La comunidad académica y su papel con la investigación"; cátedra Problemas Epistemológicos de la Economía, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, noviembre de 1995.

⁹ Terence J. Johnson, *Professions and Power*, MacMillan, Londres, 1972.

¹⁰ Barry Barnes, *Sobre ciencia*, Editorial Labor, Barcelona, 1987.

¹¹ V. Montecinos, *Economics and Power: Chilean Economists in Government, 1958-1985*, The University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 1988.

¹² Lewis, Coser, *Hombres de ideas - el punto de vista de un sociólogo*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1968, p. 335.